

El pobre Domingo todo turbado la dijo: y bien, señora: dígame su merced que quiere que haga, que yo le prometo el hacer cuanto me mande.

Pues hijo, le dijo mi esposa: yo lo que quiero es que te ocultes en mi recámara, y que si el marques se desmandare, como lo temo, me defiendas, suceda lo que sucediere.

Pues no tenga su merced cuidado. Váyase, no la echen menos y lo malieien; que yo le juro que solo que me mate el marques conseguirá sus malos pensamientos. Con esta sencilla promesa se subió mi mujer muy contenta, y tuvo la fortuna de que no la habian estrañado.

Llegó la hora de cenar, y entró Domingo á servir la mesa como siempre. El marques procuraba que mi esposa se cargara el estómago de vino; pero ella sin faltar á la urbanidad, se escusó lo mas que pudo.

Acabada la cena, mi rival por sobremesa apuró toda la elocuencia del amor para que mi esposa condescendiera con sus torpes deseos; pero ésta, acostumbrada á resistir tales asaltos, no hizo mas que reproducir los desengaños que mil veces le habia dado aunque en vano, pues el marques estaba ciego y cada desengaño lo obstinaba.

Esta contienda duraria como una hora, tiempo bastante para que la criada se durmiera, y Domingo sin ser sentido se hubiera ocultado bajo la misma cama de su ama, la que viendo que su apasionado la llevaba larga, se levantó de la mesa diciéndole: señor marques, yo estoy un poco indispueta; permítame vd. que me vaya á recoger que es bien tarde. Con esto se despidió y se fué á su recámara, cuidadosa de si Domingo se habria olvidado de su encargo; pero luego que entró, el criado fiel le avisó donde estaba, diciéndole que estuviera sin miedo.

Sin embargo de esta compañía, mi esposa no quiso desnudarse:

ni apagar la vela, segun lo tenía de costumbre, recelosa de lo que podia suceder, como sucedió en efecto.

Serian las doce de la noche cuando el marques abrió la puerta y fué entrando de puntillas, creyendo que mi esposa dormia; pero ésta, luego que lo sintió, se levantó y se puso en pié.

Un poco se sobresaltó el caballero con tan inesperada prevención; pero recobrado de la primera turbacion, le preguntó: señorita, ¿pues qué novedad es esta que tiene á vd. en pié y vestida á tales horas de la noche? A lo que mi esposa con gran socarra respondió: señor marques, luego que advertí que vd. se quedaba en casa de esta santa señora, presumí que no dejaria de querer honrar este cuarto á deshora de la noche, á pesar de que yo no me he granjeado tales favores, y por eso determiné no desnudarme ni dormirme, porque no era decente esperar de esa manera una visita semejante.

Parece que era regular que el marques hubiera desistido de su intento al verlo prevenido y reprochado tan á tiempo; mas estaba ciego, era marques, estaba en su casa, y segun á él le pareció, no habia ni testigos, ni quien embarazara su vileza; y así, despues de probar por última vez los ruegos, las promesas y las caricias, viendo que todo era inútil, abrazó á mi mujer que se paseaba por la recámara, y dió con ella de espaldas en la cama; pero aun no habia acabado ella de caer en el colchon, cuando ya el marques estaba tendido en el suelo; porque Domingo luego que conoció el punto crítico en que era necesario, salió por debajo de la cama, y abrazando al marques por las piernas, lo hizo medir el estrado de ella con las costillas.

Mi esposa me ha escrito que á no haber sido el motivo tan serio, le hubiera costado trabajo moderar la risa, pues no fué el paso para menos. Ella se sentó inmediatamente en el borde de la cama, y vió tendido á sus pies al enemigo de mi honor, que no osaba levantar-

se ni hablar palabra; porque el jayan de Domingo estaba hincado sobre sus piernas, sujetándolo del pañuelo contra la tierra, y amenazando su vida con un puñal, diciéndole á mi esposa lleno de cólera: ¿lo mato, señora? ¿lo mato? ¿qué dice? Si mi amo estuviera aquí ya lo hubiera hecho, conque *ansina* nada se puede perder por *orrarle* ese trabajo; antes cuando lo sepa, me lo agradecerá *mucho*.

Mi esposa no dió lugar a que acabara Domingo de hablar, sino que temerosa no fuera á suceder una desgracia, se echó sobre el brazo del puñal, y con ruegos y mandatos de ama, á costa de mil sustos y porfías, logró arrancárselo de la mano y hacer que dejara al marques en libertad.

Este pobre se levantó lleno de enojo, vergüenza y temor, que tanto le impuso la bárbara resolución del mozo. Mi esposa no tuvo mas satisfaccion que darle sino mandar á Domingo que se retirara á la segunda pieza y no se quitara de allí, y luego que éste la obedeció, le dijo al marques: ¿ve vd., señor el riesgo á que lo ha espuesto su inconsideracion? Yo presumí, segun le insinué poco hace, que se habia de determinar á mancillar mi honor y el de mi esposo por la fuerza, y para impedirlo, hice que este criado se ocultara en mi recámara. Llegó el caso temido, y este pobre payo que no entiende de muchos cumplimientos, le pareció que el modo de embarazar el designio de vd. era tirarlo al suelo y asesinarlo, como lo hubiera verificado, á no haber yo tomado el justo empeño que me tomé en impedirlo.

Yo conozco que él se excedió bárbaramente, y suplico á vd. que lo disculpe; pero tambien es forzoso que vd. conozca y confiese que ha tenido la culpa. Yo le he dicho á vd. mil veces que le agradezco muy mucho y le viviré reconocida por los favores que tanto á mí como á mi marido nos ha dispensado, mucho mas, cuando advierto que ni el uno ni la otra lo merecemos; pero señor, no puedo pagarlos en la moneda que vd. quiere. Soy casada, amo á mi mari-

do mas que á mí, y sobre todo, tengo honor, y éste, si una vez se pierde, no se restaura jamas. Vd. es discreto: conozca la justicia que me asiste: trate de desechar ese pensamiento que tanto lo molesta y me incomoda, y como no sea en eso, yo me ofrezco á servirle como la última criada de su casa.

El marques guardó un profundo silencio mientras que habló mi esposa, pero luego que concluyó, se levantó diciendo: señorita, ya quedo impuesto en el motivo que ocasionó á vd. pretender quitarme la vida alevosamente, y quedo medio persuadido á que si no tuviera esposo me amaria, pues yo no soy tan despreciable. Yo trataré de quitar este embarazo, y si vd. no me correspondiere, se acordará de mí, se lo juro.

Diciendo esto, sin esperar respuesta, se salió de la recámara, y mirando á Domingo en la puerta, le dijo: has procedido como un villano vil de quien no me es decente tomar una satisfaccion cuerpo á cuerpo; mas ya sabrás quien es el marques de T.

Mi esposa, que me escribió estas cosas tan pormenor como las estoy contando á vd., no entendió que aquellas amenazas se dirijieran contra mí y la existencia de mi criado.

Ella esperaba la aurora para tratar de librarse de los riesgos á que su honor se hallaba expuesto en aquella casa prostituida, y mucho mas cuando el criado le contó lo que le habia dicho el marques, añadiendo que él pensaba partir á otro dia de la ciudad, porque temia que lo hiciera asesinar.

Mi esposa aprobó su determinacion; pero le rogó que la dejara en salvo y fuera de aquella casa, y mi mozo se lo prometió solemnemente; para que se vea que entre esta gente que llamamos *ordinaria* sin razon, se hallan tambien almas nobles y generosas (1).

[1] Verdad es que á los criados se les llama enemigos domésticos, que por lo regular ni tienen buena cuna ni educacion, y que casi siempre mas sirven por el salario que por amor; pero no es menos cierto que esta no es regla general. Hay de todo: así como hay amos altaneros y soberbios cuyo trato duro no

Rasgó el sol los velos de la aurora y manifestó su resplandiente cara á los mortales, y mi esposa al instante trató de mudarse de la casa; pero ¿á donde, si carecía absolutamente de conocimiento en México? Mas ¡oh lealtad de Domingo! El le facilitó todo, y le dijo: lo que importa es que su mercéd no esté aquí y mas que esté en medio de la plaza. Voy á llamar los cargadores.

Diciendo esto se fué á la calle, y á poco rato volvió con un par de indios á quienes imperiosamente mandó cargar la cama y baúl de mi esposa, que ya estaba vestida para salir, y aunque la vieja hipócrita procuró estorbarlo, diciendo que era menester esperar al señor marques, el mozo lleno de cólera le dijo: ¡qué marques ni qué talegal! El es un pícaro y vd. una alcahueta, de quien ahora mismo iré á dar cuenta á un alcalde de corte.

Ni fué menester mas para que la vieja desistiera de su intento, y á los quince minutos ya mi esposa estaba en la calle con Domingo y los dos cargadores; pero cuando vencian una dificultad hallaban otra de nuevo que vencer.

Se hallaba mi esposa fatigada en medio de la calle con los cargadores ocupados y sin saber á donde irse, cuando el fiel Domingo se acordó de una nana Casilda que nos habia lavado la ropa cuando estábamos en el meson; y sin pensar en otra cosa, hizo dirigir allá á los cargadores.

En efecto, llegaron, y descargados los muebles, le comunicó á la lavandera cuanto pasaba, añadiéndole que él dejaba á mi esposa á su cuidado, porque su vida corria riesgo en esta capital: que la señorita su ama tenia dinero: que de nada necesitaba, sino de quien la librara del marques; y que su amo era muy honrado y muy hombre de bien, que no se olvidaria de pagar el favor que se hiciera por su esposa. La buena vieja ofreció hacer cuanto estuviera de su

merece el amor de sus domésticos. Trátense los criados con cariño y humanidad, y rara vez dejarán de corresponder á sus señores con amor, gratitud y respeto.

parte en nuestro obsequio; mi fiel consorte le dió cien pesos á Domingo para que se fuera á su tierra y nos esperara en ella, con lo cual él, llenos los ojos de lágrimas, marchó para Jalapa, advertido de no darse por entendido con la madre de mi esposa.

Luego que el mozo se ausentó, la viejita fué en el momento á comunicar el asunto con un eclesiástico sabio y virtuoso á quien lavaba la ropa, y éste, despues de haber hablado con mi esposa, dispuso las cosas de tal manera, que á la noche durmió mi mujer en un convento, desde donde me escribió toda la tragedia.

Dejemos á esta noble mujer quieta y segura en el claustro, y veamos los lazos que el marques me dispuso, mucho mas vengativo cuando no halló á mi esposa en casa de la vieja, ni aun pudo presumir en donde se ocultaba de su vista.

Lo primero que hizo fué ponerme un propio avisándome estar enfermo, y que luego, leida la suya, enfardelara las existencias y me pusiera en camino á la lijera para México, porque así convenia á sus intereses.

Yo inmediatamente obedecí las órdenes de mi amo y traté de ponerme en camino; pero no sabia la red que tenia prevenida.

Esta fué la siguiente. En una de las ventas donde yo debia de parar tenia mi amo apostados dos ó tres bribones mal intencionados [que todo se compra con el oro], los cuales, sin poder yo prevenirlo, se me dieron por amigos, diciéndome iban á complimentarme de parte del marqués.

Yo los creí sincerísimamente, porque el hombre mientras menos malicioso, es mas fácil de ser engañado, y así me comuniqué con ellos sin reserva. En la noche cenamos juntos y brindamos amigablemente, y ellos no perdiendo tiempo para su intriga, embriagaron á mis mozos, y á buena hora mezclaron entre los tercios de ropa una considerable porcion de tabaco y se acostaron á dormir.

A otro dia madrugamos todos para venirnos á la capital, á la que

Llegamos en el preciso dia á marchas forzadas. Pasaron mis cargas de la garita sin novedad y sin registro; bien es verdad, que no sé qué diligencia hicieron con los guardas, porque como no todos los guardas son íntegros, se compran muchos de ellos á bajo precio.

Yo no hice alto en esto, pensando que mis camaradas iban á platicar con ellos, porque tal vez serian conocidos; y así con esta confianza llegamos á México y á la misma casa del marqués.

Luego que me apié, mandó éste desaparecer las mulas y embodegar las cargas, haciéndome al mismo tiempo mil espresiones.

En vista de ellas, aunque ya tenia en el cuerpo las malas noticias de mi esposa que había recibido en el camino, no pude escusarme de admitir sus obsequios, y aunque deseaba ir á verla al convento, me fué forzoso disimular y condescender con las instancias del marqués.

A pesar de la molestia y cansancio que me causó el camino, no pude dormir aquella noche pensando en mi adorada Matilde, que este es el nombre de mi esposa; pero por fin, amaneció y me vestí, esperando que despertara el marqués para salir de casa.

No tardó mucho en despertar; pero me dijo que en la misma mañana queria que concluyéramos las cuentas, porque tenia un crédito pendiente y deseaba saber con que contaba de pronto para cabrirlo.

Como yo, aunque lo veia con tedio, no presumia que trataba de aprovechar aquellos momentos para perderme, y á mas de esto, anhelaba tambien para entregarle su anqueta y romper de una vez todas las conexiones que me habian acarreado su amistad, no me costó mucho trabajo darle gusto.

En efecto, comencé á manifestarle las cuentas y á ese tiempo entraron en el gabinete dos ó tres amigos suyos, cuyas visitas suspendieron nuestra ocupacion, bien á mi pesar, que estaba demasiado violento por quitarme de la presencia de aquel pérfido; pero no fué dable, porque el pícaro pretestando urbanidad y cariño, sacó al co-

medor á sus amigos sin dejarme separar de ellos; ántes tratándome con demasiada familiaridad y espresion, y de esta suerte nos sentamos juntos á almorzar.

Aun no bien habiamos acabado, cuando entró un lacayo con un recado del cabo del resguardo que esperaba en el patio con cuatro soldados.

¿Soldados en mi casa? preguntó el marques fingiendo sorprenderse. Sí señor, respondió el lacayo: soldados y guardas de la aduana. ¡Válgate Dios! ¿Qué novedad será ésta? Vamos á salir del cuidado.

Diciendo esto, bajamos todos al patio, donde estaban los guardas y soldados. Saludaron á mi amo cortezmente, y el cabo ó superior de la comparsa preguntó; ¿quién de nosotros era su dependiente que acababa de llegar de tierra adentro? El marques contestó que yo, é inmediatamente me intimaron que me diese preso, rodeándose de mí al mismo tiempo los soldados.

Considere vd. el sobresalto que me ocuparia al verme preso y sin saber el motivo de mi prision; pero mucho mas sofocado quedé cuando preguntándolo el marques, le dijeron que por contrabandista, y que en achaque de géneros suyos habia pasado la noche antecedente una buena porcion de tabaco entre los tercios, que aun debian de estar en su bodega: que la denuncia era muy derecha; pues no menos venia que por el mismo arriero que enfardeló el tabaco, por señas que los tercios mas cargados eran los de la marca T; y por último, que de órden del señor director prevenian al señor marques contestase sobre el particular y entregase el comiso.

El marques con la mas pérfida simulacion decia: si no puede ser eso; sobre que este sujeto es demasiado hombre de bien, y en esta confianza le fio mis intereses sin mas seguridad que su palabra, cómo era posible que procediera con tanta bastardía que tratase de

abochornarme y de perderse? ¡Vamos, que no me cabe en el juicio!

Pues señor, decían los guardas, aquí está el escribano que dará fé de lo que se halle en los tercios: registrémoslos y saldremos de la duda.

Así será, dijo el marques, y como lleno de cólera mandó pedir las llaves. Trajéronlas, abrieron la bodega, desliaron los tercios, y fueron encontrándolos casi rellenos de tabaco.

Entonces el marques, revistiendo su cara de indignación y echándose una mirada de rico enojado, me dijo: so bríbon, trapacero, villano y mal agradecido: ¿este es el pago que ha dado á mis favores? ¿Así se me corresponde la ciega é imprudente confianza que hice de él? ¿Así se me recompensan mis servicios que en nada me los tenia merecidos? Y por fin, así se retorna aquella generosidad con que le di mi dinero para que él solo se aprovechara de sus utilidades, sin que conmigo partiera ni un ochavo, cosa que tiene pocos ejemplares? ¿No le bastaba al muy pícaro robarme y defraudarme; sino que trató de comprometer á un hombre de mi honor y de mi clase? Muy bien está que él pague el fraude hecho contra la real hacienda, bogando en una galera ó arrastrando una cadena en un presidio por diez años; pero á mí, ¿quién me limpiará de la nota en que me ha hecho incurrir, á lo menos entre los que no saben la verdad del caso? Y ¿quién restaurará mis intereses, pues es claro que cuanto tienen de tabaco los tercios, tanto les falta de géneros y existencias? Mi honor yo lo vindicaré y aquilataré hasta lo último; pero ¿cómo resareiré mis intereses?

Vamos, no calle, ni quiera hacerse ahora mosca muerta. Diga la verdad delante del escribano. Yo lo mandé á comerciar en tabaco? ¿O tengo interes en este contrabando?

Yo, que habia estado callado á semejante inicua reprension, atur-

dido no por mi culpa, que ninguna tenia (1), sino por la sorpresa que me causó aquel hallazgo y por las injurias que escuchaba de la boca del marques, no pude menos que romper el silencio á sus preguntas, y confesar que él no tenia la mas mínima parte en aquello, pero que ni yo tampoco, pues Dios sabia que ni pensamiento habia tenido de emplear un real en tabaco. A esto se rieron todos, y despues de emplazar al marques para que contestara, cargaron con los tercios para la aduana y conmigo para esta prision, sin tener el ligero gusto de ver á mi querida esposa, causa inocente de todas mis desgracias.

Dos años hace que habito las mansiones del crimen, reputado por uno de tantos delincuentes: dos años hace que sin recurso lidio con las perfidias del marques, empeñado en sepultarme en un presidio, que hasta allá no ha parado su vengativa pasion; porque despues que con infinito trabajo he probado con las declaraciones de los arrieros que no tuve ninguna noticia del tabaco, él me ha tirado á perder demandándome el resto que dice falta á su principal: dos años hace que mi esposa sufre una horrorosa prision; y dos años hace que yo tolero con resignacion su ausencia y los muchos trabajos que no digo; pero Dios que nunca falta al inocente que de veras confia en su alta Providencia, ha querido darse por satisfecho, y enviarme los consuelos á buen tiempo; pues cuando ya los jueces, engañados con la malicia de mi poderoso enemigo y con los enredos del venal escribano de la causa, que lo tenia comprado con doblones, trataban de confinarme á un presidio, asaltó al marques la enfermedad de la muerte, en cuya hora, convencido de su iniquidad, y temiendo el terrible salto que iba á dar al otro mundo, entregó á

(1) No siempre la turbacion prueba delito. Esta es una prueba muy equívoca; antes el hombre de bien se aturdirá mas presto que el pícaro procaz cuando se vea acusado de un delito que no ha cometido. El tumutarse, desfigurarse el semblante y balbucir las palabras, probará terror ó vergüenza; pero no siempre la realidad del delito.

su confesor una carta escrita y firmada de su puño, en la que despues de pedirme un sincero perdon, confiesa mi buena conducta, y que todo cuanto se me habia imputado habia sido calumnia y efecto de una desordenada y vengativa pasion.

De esta carta tengo copia, y se les ha dado á los jueces privadamente para que no pare en perjuicio del honor del marques; de manera que de un dia á otro espero mi libertad y el resarcimiento de mis intereses perdidos.

Esta, amigo, es mi trágica aventura. Se la he contado á vd. para que no se desconsuele, sino que aprenda á resignarse en los trabajos, seguro de que si está inocente, Dios volverá por su causa.

Aquí llegaba Don Antonio, cuando fué preciso separarme para rezar el rosario y recogernos. Sin embargo, despues de cenar y cuando estuvimos mas solos le dije lo siguiente.

CAPITULO VIII.

Sale Don Antonio de la cárcel: entrégase PERIQUILLO á la amistad de los tunos sus compañeros, y lance que le pasó con el Aguilucho.

CUANDO estuvimos acostados le dije á Don Antonio: ciertamente, querido amigo, que en este instante he tenido un gusto y un pesar. El gusto ha sido saber que su honor de vd. quedó ileso, tanto de parte de su fidelísima consorte, cuanto de parte del marques, en virtud de la tan pública y solemne retractacion que ha hecho, segun la cual vd. será restituido brevemente á su libertad, y disfrutará la amable compañía de una

esposa tan fiel y digna de ser amada; y el pesar ha sido por advertir el poco tiempo que gozaré la amable compañía de un hombre generoso, benéfico y desinteresado.

Reserve vd. esos elogios, me dijo Don Antonio para quien los sepa merecer. Yo no he hecho con vd. mas que lo que quisiera hicieran conmigo, si me hallara en su situacion; y así, solo he cumplido en esta parte con las obligaciones que me imponen la religion y la naturaleza; y ya vé vd. que el que hace lo que debe, no es acreedor ni á elogios ni á reconocimiento.

Oh señor! le dije, si todos hicieran lo que deben, el mundo seria feliz; pero hay pocos que cumplen con sus deberes, y esta escasez de justos hace demasiado apreciables á los que lo son, y vd. no lo dejará de ser para mí en cuanto me dure la vida. Apetecería que mi suerte fuera otra para que mi gratitud no se quedara en palabras, pues si segun vd. el que hace lo que debe no merece elogios, el que se manifiesta agradecido á un favor que recibe, hace lo que debe justamente; porque ¿quién será aquel indigno que recibiendo un favor como yo, no lo confiese, publique y agradezca, á pesar de la modestia de su benefactor? Mi padre, señor, era muy honrado y dado á los libros, y yo me acuerdo haberle oido decir que el que inventó las prisiones fué el que hizo los primeros beneficios: ya se ve que esto se entiende respecto de los hombres agradecidos; pero ¿quién será el infame que recibiendo un beneficio no lo agradezca? En efecto, el ingrato es mas terrible que las fieras. Vd. ha visto la gratitud de los perros, y se acordará de aquel leon, á quien habiendole sacado un caminante una espina que tenia clavada en la mano, siendo éste despues preso y sentenciado á ser víctima de las fieras en el circo de Roma, por suerte, ó para leccion de ingratos, le tocó que saliese á devorarlo aquel mismo leon á quien habia curado de la mano, y éste, con admiracion de los espectadores, luego que por el olfato conoció á su benefactor, en vez de arremeterle y despeda-